

Diario de Campo: una revista para hacer comunidad.

Conversación con Gloria Artís

Óscar de Pablo*

En diciembre de 2013 conversamos, en las instalaciones de la Coordinación Nacional de Antropología (CNAN), con la maestra Gloria Artís Mercadet, la principal responsable del nacimiento y desarrollo de la revista *Diario de Campo*. Magnífica conversadora, Artís conserva recuerdos precisos y apasionados de su gestión al frente de la revista. Y tiene buenas razones para sentirse orgullosa.

Experiencia previa

A finales de 1997, durante la primera gestión de Teresa Franco como directora general del INAH, Gloria Artís fue nombrada titular de la CNAN. Para ese punto Artís ya tenía una experiencia considerable. Etnóloga y maestra en ciencias antropológicas, con una larga trayectoria en la docencia y coordinadora de varios libros, había sido directora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), así como directora de Operación de Sitios Arqueológicos. Estas experiencias aportaron muchos de los instrumentos y relaciones de colaboración que luego harían posible el éxito de *Diario de Campo*.

Así, como directora de la ENAH Artís entró en contacto por primera vez con la labor editorial, pues desde entonces la escuela producía la revista académica *Cuicuilco*, entre otras publicaciones. De esa época data su colaboración con el diseñador editorial Euriel Hernández, que luego sería una pieza clave de *Diario de Campo*, junto con Daniel Hurtado.

Del mismo modo, su gestión con los sitios arqueológicos le dejó una experiencia editorial que resultaría clave, pues desde este puesto dirigió la señalización

de 148 zonas arqueológicas. De esta labor cabe destacar la versión de la totalidad de los cedularios en las lenguas indígenas correspondientes a cada zona. Gran parte de esa señalización multilingüe sigue accesible en los sitios arqueológicos del país.

El desafío de la vinculación

No bien ocupó la CNAN, en 1997, Artís decidió llevar a cabo un estudio del estado de las investigaciones que le permitió detectar un problema fundamental: la dispersión de la labor de los investigadores. Según el diagnóstico al que se llegó, en todo el país se llevaban a cabo trabajos excelentes que muchas veces abordaban temáticas semejantes, aunque pocos sabían lo que estaban haciendo los demás. “El diálogo entre pares”, explica Artís, enfática, “es fundamental para la academia”. Ningún antropólogo ignora que la producción de conocimiento no ocurre en forma aislada, pues se trata de una labor por necesidad social, colectiva. La comunicación académica, la conversación con el objeto de estudio, con los libros, con uno mismo y con los otros es una tarea intrínseca de la investigación.

A fin de responder a este desafío, en el primer año de su gestión como coordinadora Artís lanzó diversos proyectos. Uno fue la compilación y publicación de un catálogo nacional que daba cuenta de más de 900 investigaciones en curso. Otro fue una serie de proyectos colectivos de investigación, la cual se inició con uno dirigido a las regiones indígenas –“Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio”–, en el que se conjuntaron y organizar los esfuerzos de 120 investigadores del INAH, especialistas en la temática. Muchos de ellos, por cierto, no se conocían a pesar

* Coordinación Nacional de Antropología, INAH
(revista.cnan@inah.gob.mx)

de haber formado parte de la misma institución durante años. “El propósito”, explica Artís, “era lograr una mayor proyección e impacto de los resultados de investigación hacia fuera, pero esto no podía darse sin un profundo y sistemático diálogo interno.”

Por último, el tercer proyecto que la CNAN emprendió en 1998 para favorecer la vinculación entre los antropólogos de las distintas disciplinas fue *Diario de Campo*, que surgió como un modesto “boletín interno” mensual. Su primer número, de apenas ocho páginas, apareció en mayo de 1998. En su mayor parte se componía de anuncios y convocatorias académicas, ilustrados con grabados, aunque también incluía una página de noticias y un breve artículo que los doctores Alicia Barabas y Miguel Bartolomé enviaron desde el Centro INAH Oaxaca, para comentar una iniciativa de ley de derechos indígenas en esa entidad.

El número incluía una presentación firmada por la CNAN que vale la pena citar completa:

El propósito de *Diario de Campo* es el de proporcionar información de interés para los investigadores del INAH y, también, el de constituirse en vehículo de comunicación académica entre ellos. Es una necesidad sentida vencer el aislamiento con el que con frecuencia se trabaja. *Diario de Campo* busca contribuir a lograr esta tarea. Por su misma naturaleza, la Coordinación Nacional de Antropología concentra información sobre proyectos y avances de investigación sobre actividades académicas programadas en el área metropolitana y en los Centros INAH, y otras estrechamente vinculadas con la docencia y la investigación. Es nuestra intención socializar esa información. Pero no se trata solamente de esto, sino también de dar a conocer inquietudes, búsquedas, tropiezos y éxitos de los investigadores en su cotidiana labor como tales. Es, por tanto, este boletín de los investigadores y para ellos. En mucho dependerá de su participación que se alcancen los objetivos trazados.



Y así ocurrió. Gloria Artís estableció una estrecha colaboración con Roberto Mejía, que junto con los diseñadores Euriel Hernández y Daniel Hurtado sería otra de las piezas clave de la primera época de *Diario de Campo*.

Por su parte, la Dirección General del INAH aprobó el proyecto de publicación y le destinó una cantidad determinada de papel, pero nada de fondos por el momento: “La mayor parte del trabajo”, recuerda Artís, “era estrictamente voluntario: el de los diseñadores, los correctores, los impresores”.

Con el objetivo de distribuir el boletín se compiló una base de datos de todos los investigadores del INAH en el ámbito nacional. La revista se distribuyó, siempre de manera gratuita, tanto a los investigadores y personal de confianza como a los archivos y bibliotecas que la solicitaban.

Un apoyo fundamental, comenta Gloria, agradecida, lo representó el de los trabajadores de la Oficialía de Partes del instituto, quienes empezaron a cumplir, sin pago extra alguno, una función que resultaría esencial: su distribución mensual en los centros de trabajo del INAH a lo largo y ancho del país, una labor que realizaban a la par con la nómina. Conforme el volumen de la publicación empezó a crecer, el trabajo se volvió considerable, si bien los trabajadores de Oficialía de Partes jamás se negaron a llevarlo a cabo.

En cuanto al contenido, Artís es enfática: “Publicábamos lo que los colegas nos enviaban. No poníamos ninguna restricción”. Debe tenerse en mente que el fin de la publicación de ningún modo consistía en servir a una línea editorial propia, sino tender puentes entre los investigadores del INAH.

Muy pronto se amplió el número de colaboradores que enviaban artículos y textos de diversos géneros, incluyendo necrologías y notas sobre titulaciones y logros académicos, de modo que en cierto sentido el boletín empezó a funcionar, dice Artís, como una “radio de pueblo”.

De boletín interno a revista

Poco a poco los colegas se fueron animando a enviar, además de noticias y textos de investigación, poemas, dibujos, fotografías y otros materiales, así como a proponer secciones. Desde el principio se consideró que el contenido gráfico no se trataría como una mera ilustración de los textos, sino como un documento con valor autónomo: un criterio que *Diario de Campo* ha mantenido.

Esta política de “no restricciones”, recuerda Gloria Artís, obligaba a los operadores de la revista a trabajar con intensidad y a editar números con extensiones muy variables. Nunca se pudo –ni se quiso– establecer un número fijo de páginas. Aquella política no restrictiva era el factor decisivo para conseguir que el personal académico del INAH en verdad se sintiera dueño de la publicación. Y, en efecto, explica Artís, “los colegas se apropiaron de ella”. Desde luego, la presión del tiempo y la falta de recursos obligaban a los editores a trabajar a contrarreloj, por lo que en esa época surgió un lema jocoso: “Si no tiene erratas, su *Diario de Campo* es apócrifo”.

Algunas anécdotas

Uno de los números memorables fue el que apareció en junio de 1999 para conmemorar el primer año del boletín. En aquella ocasión, con la autorización de la Dirección de la ENAH, Artís acudió en forma personal a los Libros de Actas de Exámenes Profesionales para conseguir las fotos de titulación de varias centenas de investigadores, la mayoría aún en activo. Fue un número de antropología de los antropólogos e historia de los historiadores. Así, se reunieron fotografías que se remontaban a décadas hacia atrás.

Conforme el número se preparaba, José Luis Motezuma, entonces director de Lingüística, sugirió que las fotografías se presentaran sin nombre, pero numeradas, y con un acertijo en la portada: “Adivine quién es quién”. Al final de la revista aparecía el listado que permitía reconocer a cada uno. El número tuvo tal éxito que fue necesario extender este juego a los dos números siguientes. Muchos antropólogos de otras instituciones buscaron adquirir por cualquier medio la publicación: fue inútil, pues se agotó.

Para 2002 o 2003, recuerda Artís, *Diario de Campo* ya era una revista tan exitosa que la Dirección General del INAH le destinó fondos. Para entonces habían pasado casi cinco años de funcionamiento con base en el trabajo voluntario. Al poco tiempo, el aumento en el tamaño de la publicación obligó a transformar su periodicidad de mensual a bimestral.

Pronto los artículos más extensos empezaron a publicarse en suplementos o cuadernos temáticos. El primero fue “Un etnólogo estudia al mariachi”, de Jesús Jáuregui. Los artículos de estos suplementos empezaron a pasar por un dictamen riguroso, si bien esa restricción, aclara Gloria, “no la pusimos nosotros. La pidieron los propios colegas”.

Una anécdota en particular conmovedora tuvo lugar en relación con el número 100, de 2008, dedicado a conmemorar los 40 años del célebre movimiento estudiantil. Para ese número Gloria Artís solicitó artículos a varios investigadores, entre ellos la doctora Margarita Nolasco, que había participado en el movimiento y estuvo en Tlatelolco aquel 2 de octubre de 1968. En ese momento Nolasco convalecía de una operación y se quejaba de algunas dolencias. Sin embargo, el encargo de escribir sobre el 68 la entusiasmó, por lo que aceptó de inmediato y se puso a escribir.

Por desgracia, las molestias de la doctora Nolasco resultaron ser síntomas de una complicación más grave y falleció el mismo día en que se le pidió el artículo, por lo que lo dejó inconcluso. Sin embargo, uno de sus hijos decidió terminarlo. El texto se publicó en *Diario de Campo* hasta donde lo dejó Margarita, con el añadido de su hijo.

Otra sección memorable de *Diario de Campo* correspondía a las semblanzas, que eran piezas dirigidas a conmemorar el conjunto de la obra de antropólogos reconocidos. En general, estos homenajes se hacían a espaldas del homenajeado, con la colaboración de sus colegas, discípulos y familiares, de manera similar a una “fiesta sorpresa”.

No obstante, a veces resultaba imposible mantener el proyecto en secreto. Por ejemplo, cuando el maestro Fernando Cámara Barbachano se enteró de que se estaba preparando una semblanza dedicada a él, insistió en participar, y una vez publicada solía llevar el número bajo el brazo para mostrárselo a quien quisiera verlo. Se sentía honrado, sin saber que era él quien honraba a *Diario de Campo*.

Según relata Artís, era frecuente que fotógrafos muy talentosos y reconocidos ofrecieran parte de sus acervos para su publicación en *Diario de Campo*. Y eso no sólo ocurría con fotógrafos vivos. En más de una ocasión los deudos de algún fotógrafo o antropólogo fallecido enviaban a la revista el acervo gráfico que conservaban. En ningún caso mediaba un interés monetario: sólo pedían que los materiales aparecieran en la revista con los créditos correspondientes.

Uno de los mayores entusiastas de la revista era nada menos que el escritor Carlos Monsiváis. Al cumplirse 10 años de la revista, en 2008, Julieta Gil, directora de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, propuso celebrar un acto conmemorativo. En cuanto tuvo noticia del acto que se preparaba, Monsiváis se ofreció de modo espontáneo a tomar parte como orador en el acto.

Otro amigo y colaborador voluntario de la revista, que participó en el nutrido evento celebrado en el emblemático Museo Nacional de Antropología, fue el fotógrafo Pedro Valtierra.

Desde entonces

Los proyectos de vinculación que lanzó Artís, entre los cuales *Diario de Campo* ocupó un lugar destacado, permitieron cimentar una comunicación permanente entre los investigadores. Otro de los muchos frutos concretos y relevantes de esta comunicación fue el proyecto colectivo, multidisciplinario e interinstitucional de estudios sobre Guerrero, cuyas actividades continúan.

Bajo la dirección de Gloria Artís y Roberto Mejía, entre mayo de 1998 y mayo de 2009 se publicaron nada menos que 104 números, además de 54 suplementos de *Diario de Campo*. Pese al profesionalismo de su apariencia gráfica y el interés de sus contenidos, durante ese periodo la revista nunca perdió el cintillo que la describía, modestamente, como “Boletín interno de los investigadores del área de antropología”.

También en 2009, cuando el director general del INAH era Alfonso de María y Campos, el doctor Francisco Barriga asumió la titularidad de la CNAN y, con ella, la dirección de la revista. Con un nuevo equipo –con la participación de Gloria Falcón–, una nueva visión y un diseño más uniforme, en julio de 2010 empezó a aparecer una nueva época de *Diario de Campo*, con una presentación en que se enfatizó su función como “medio de divulgación”.

Entre los desafíos que *Diario de Campo* enfrenta en la actualidad se incluye el de regularizar, catalogar y completar su propio acervo de números anteriores, con miras a la realización de un índice analítico y a su conservación a largo plazo.

De manera fundamental, estamos convencidos de que el estudio de la primera década de *Diario de Campo* no sólo cumple una deuda de reconocimiento con Gloria Artís, Roberto Mejía, Euriel Hernández, Daniel Hurtado y el reto de los colaboradores de la revista, sino que también nos proporciona un instrumento invaluable para reorientar la publicación en el sentido de las necesidades actuales de nuestra comunidad científica.

En cuanto a la propia maestra Gloria Artís, tras su paso por la CNAN volvió a la investigación y a la docencia. En la actualidad imparte clases en la ENAH y lleva a cabo un proyecto de investigación en torno al proceso actual de independencia en Cataluña.